



Primeras suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 14.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 2 Abril 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Jacinto Labaila. —
Ensayos poéticos, por D. Teodoro Martel y Fer-
nandez de Córdoba, por D. A. Alcalde Vallada-
res. — Los buscadores de oro del Rhin, por Don
Rafael Blasco. — Otro capítulo de un viaje: El
santuario de Monserrat, por D. Vicente Boix. —
El primer varón: Romance, por D. Leopoldo Bre-
mon. — A Elisa: Serenata, por D. Fernando de
Gabriel y Ruiz de Apodaca. — Felicidad domés-
tica, (continuación) por D. Antonio de Trueba.

Láminas. Buscadores de oro lavando las
arenas auríferas en el Rhin. — Embarcación de
buscadores de oro en el Rhin.

CRÓNICA DE TEATROS.

Los teatros de esta capital han salvado
la época de la cuaresma, presentan-
do al público, ávido de novedades,
dos obras que le han hecho salir de
su retraimiento temporal, acudiendo ansioso
á ocupar los asientos de ambos coliseos, estas
dos obras son *Moisés en Egipto* y *Pan y Toros*.

La ópera del autor del *Barbero de Sevilla*,
del inmortal Rossini, no representada hace
muchos años en Valencia, se ha ejecutado
brillantemente en el teatro Principal, ponién-
dose en escena con todo el aparato que la
adorna. *Moisés en Egipto* es una profunda y
bellísima partitura perteneciente al género sa-

cro, como ya se desprende de su título, y
que por lo tanto, ofrece al maestro la inmensa
dificultad de acomodar al teatro la música re-
ligiosa, sin que ésta pierda su esencia filo-
sófica: escribir música de dos géneros á la
vez sin que estos dos géneros se destruyan
mutuamente, sin que uno perjudique á otro;
conseguir que una plegaria tenga tinte dra-
mático y que un duo amoroso destile el per-
fume de la religion, solo es dado á los gran-
des compositores que han tocado la meta del
arte: esta deliciosa amalgama de dos géneros
de composicion tan distintos, es la que ha
hecho considerar como obra maestra, en el
teatro lirico, *El Moisés*, de Rossini, y en el
dramático, *La Athalia*, de Racine, y *La
Zaira*, de Voltaire.

Nosotros creemos firmemente que la mi-
sion de la poesia y de la música, cuando pe-
netran en el templo de Talia, es la de ac-
comodarse á sus leyes estrictas; cuantos con
inspiracion han observado su exacto cumpli-
miento han conquistado la inmortalidad, cuán-
tos las menospreciaron ó no las cumplieron
han sufrido el castigo de su inobservancia; la
gloria no los acoge en su regazo. Bellini es
grande en *La Sonámbula* porque con un plan
poético de idilio ha escrito el idilio musical
mas delicado que oyeron oídos humanos; Do-
nizetti es grande en la *Lucrecia* porque con
su música dramática, sensual y apasionada ha
cantado admirablemente la época de los Bor-
gias, y Rossini es grande en el *Moisés* porque
ha sabido escribir una buena obra sacro-dra-
mática.

No entraremos á ocuparnos en detalles

acerca de la composicion musical que hemos
citado, ya porque nos creemos incompetentes
para hacer semejante exámen, ya tambien
porque la obra de que hablamos tiene hecha
su reputacion sancionada por el mundo filar-
mónico.

Hablaremos de su egecucion: al ocuparnos
de ella no podemos resistir al deseo de decir
unas palabras respecto de la contralto de
cartello Sra. Sanchioli.

Dicha artista, que al principiar su carrera
representó en Barcelona el papel de Sinaide
en el *Moisés*, con Tamberlik, obteniendo tal
éxito, que todavia la recuerdan los catalanes
cada vez que se canta la obra de Rossini; ha
sido tambien en Valencia la que ha egecutado
la parte de la esposa de Faraon, obteniendo
estrepitosos aplausos y siendo llamada al palco
escénico al finalizar el rondó del segundo acto:
para cantar dicho rondó con voz de contralto
y con el éxito que obtiene la Sanchioli, es
preciso poseer la poderosa voz que ella posee,
su agilidad, y dar al canto el claro-oscuro
del que dicha artista sabe sacar tanto parti-
do. Sentimos que invencibles dificultades nos
priven de poder oir por ahora en el teatro
Principal la gran ópera *El Profeta*, ya porque
deseamos oir esa obra maestra, ya tambien
porque sabemos que la Sra. Sanchioli hizo una
verdadera creacion del papel de Fides, no
solo en el teatro de la Scala de Milan, sino
en casi todos los principales de Italia, en
prueba de lo que, recibió dicha artista una
carta que el maestro Meyerbeer la dirigió dán-
dole las gracias por el buen desempeño de su
obra, y que la Sra. Sanchioli conserva como

la corona de mas precio de su carrera artística.

El Sr. Marinozzi es un artista de conciencia: caracteriza *Moisés*; canta con mucho gusto y presenta en escena una figura magistral; en la parte dramática le encontramos bien, como siempre.

La Sra. Passarini tiene buen método de canto y lo luce en la parte de Anaide; su fisonomía y su figura se presentan para copiar con verdad el agradable tipo hebreo.

El Sr. Várvaro sostiene como verdadero artista la parte de Faraon; su canto es digno y reposado; en el duetto, que es donde puede hacer alarde de su simpática voz, canta con la corrección y buen gusto que pudiera desear el mismo Rossini: el público sentiría verse privado el próximo año cómico de oír al señor Várvaro, al que ve siempre con gusto pisar la escena, pues puede cantar todos los géneros.

El Sr. Oliva Pavani compartió en el duetto con el Sr. Várvaro los aplausos que el público les prodigó, siendo llamados ambos a la escena todas las noches que se ejecuta el *Moisés*.

Los Sres. Oriola y Boy contribuyeron al buen éxito de la obra.

Entre las decoraciones pintadas para el *Moisés* por el Sr. García, nos llamó la atención, lo mismo que al público, la del tercer acto, que es de muy buen efecto. La lluvia de fuego quisiéramos que fuera menos espesa y de menos duración en obsequio á las gargantas de los artistas y á las de los concurrentes al teatro Principal; cuando termina la lluvia hay tal atmósfera de humo que ya en toda la noche se disipa por completo. El mar.... preferimos hablar de la tierra; por lo que vamos á ocuparnos de *Pan y Toros*.

Pan y Toros es una zarzuela en tres actos original del Sr. Picon, puesta en música por el maestro Barbieri.

La zarzuela, que empezó por tener proporciones literarias, dando á luz *Jugar con fuego*, ha llegado á valerse de las decoraciones y de la maquinaria, y á considerar á veces la música como pretexto; y como si esto no fuera bastante todavía para dar animación á ese género dramático de dos caras, hoy tiende á hacerse política y á halagar las masas con tendencias liberales; *Pan y Toros* y la *Revista de 1864 y 1865*, son ejemplos que no nos dejarán mentir.

¿Qué es *Pan y Toros*, que tan ruidoso éxito acaba de alcanzar en el teatro de la Zarzuela y que aquí no lo ha obtenido tan satisfactorio? Si el Sr. Picon se ha propuesto únicamente pintar la época de Carlos IV, ha conseguido lo que se propuso. Es un cuadro en el que están bien agrupadas las figuras de los toreros y las de los nobles, las comediantas y las princesas, la manolera y las cofradías, los bailes palaciegos y los hermanos del pecado mortal; el cuadro es exacto pero un poco chillón á fuerza de tener colores muy fuertes; hay un abate que dice y canta lo que nadie, por seglar que fuese, se atrevería á decir en público sin ofender la moral y las buenas costumbres en ninguna reunión; hay una Doña Pepita, la persona de mas poder en la corte, que es madrina y algo mas del torero Pedro Romero, hay.... hay muchas cosas que son verdad en esa como en todas las épocas, pero que no debieran presentarse nunca en el teatro sin su competente castigo, sin el correctivo mas á propósito: prescindiendo de esto, el cuadro copia la época, pero ¿y la acción dramática? Para llegar á la situación del final del segundo acto, situación muy preparada y de buen efecto, hay que pasar hora y media de representación sin plan, llenando el autor los vacíos de éste con lujo de episodios, con las caprichosas entradas y salidas de una porción de figuras, con diferentes trages, que recrean la vista, pero que no constituyen el todo homogéneo del mundo dramático: no hay héroe

en la obra; el capitán Peñaranda, que debiera serlo, está unas veces oscurecido, por el pintor Goya, otras por el abate, y algunas por el torero Pepe-hillo; Doña Pepita y la Princesa de Luzan, son figuras que están en el mismo término, y la Tirana, figura secundaria, avanza alguna vez hasta ponerse delante de ellas, todas cantan y ninguna tiene papel sobresaliente en el canto, lo mismo que en la declamación; *Pan y Toros* no tiene plan, ni protagonista, ni piezas musicales sobresalientes; mas que una zarzuela es un cuadro; pero á nosotros los cuadros nos gustan en el Museo de pinturas, porque ese es su verdadero sitio.

La versificación es fácil y chispeante, algunas veces demasiado chispeante; la música tiene carácter como el libro.

Las decoraciones del primer acto y del segundo, son nuevas y están bien pintadas, la última sobre todo es pintorescamente bella.

La obra tiene buena dirección lo mismo que la orquesta, que nos ha parecido mejor que otras veces.

La ejecución es esmerada é igual. El señor Dalmau dice como un buen actor sus patrióticos parlamentos, y ostenta, en los pocos sitios que la obra lo permite, su magnífica voz de tenor.

El Sr. Tormo (D. Miguel) hace un abate mocoero y despreocupado que no hay mas que pedir; declama y canta con propiedad.

El Sr. Campoamor representando en andaluz está en su centro.

El Sr. Tormo (D. Arturo) caracteriza bien al santero asesino; nos pareció al verle tener á nuestra vista la imagen de la hipocresía del crimen; todos los demás artistas contribuyeron en gran parte á la armonía del conjunto. Si *Pan y Toros* no ha obtenido en Valencia el éxito de la corte no debe achacarse de ningún modo á la ejecución, que esta ha sido brillante; debe achacarse á otros motivos, que acaso nosotros pudiéramos adivinar, pero que nos obstenemos de decir al público temerosos de equivocarnos.

En los teatros de Madrid se han sucedido los siguientes estrenos desde nuestra crónica anterior: En el Príncipe; *La oveja descarriada*, de D. Narciso Serra, que el público aplaudió; en Jovellanos, la fábula política en un acto titulada: *La dote de Patricia*, original del señor Gutierrez de Alba, que está ensayándose en nuestros teatros y que nos ocuparemos de ella en cuanto se ejecute; en *Novedades* la comedia arreglada del francés por D. Agustín Gomez Santa María con el título de *El Telégrafo eléctrico*, que fue aplaudida; y la comedia en tres actos en prosa original del Sr. Muchuca, *Zapatero á tus zapatos*, que fue bien recibida.

El jueves último reapareció en la escena del teatro Real la célebre Adelina Patti, representando *La Sonámbula*, obteniendo una extraordinaria ovación.

El lunes próximo pasado se puso en escena en el Liceo Piquer la comedia del Sr. Cospigni, titulada: *Mañana*, que con tan buen éxito acaba de estrenarse en el Príncipe, y la linda pieza en un acto de D. Enrique Gaspar *¡Pobres mugeres!*

En el Liceo Valenciano se puso en escena el jueves último la conocida zarzuela *El Juramento*, cuya ejecución dejó muy complacido al numeroso y selecto público que acudió á llenar sus salones.

Hemos oído decir que con el título de *La Estrella adversa* ó *invención de un gitano* se va á presentar á la empresa del teatro de *Novedades* de Madrid un drama fantástico de grande espectáculo en cuatro actos, en el que tomarán parte cuarenta y cuatro actores, criados, vecinos armados y pueblo. El empresario puede aprovechar, si se decide á poner en escena dicha obra, la próspera conjuntura de encontrarse en la actualidad en Madrid sin contratar muchos de los actores que han concluido sus compromisos y que merced á la

cuarenta y cuatro actores, que son precisos para ejecutar la *Estrella adversa*, sino pasarse por las noches por el antiguo café de Venecia, hoy Hevético, y los encontrará indefectiblemente; despues de encontrarlos ya solo necesita tener suficiente numerario para abonar sus sueldos y que el título de la obra fantástica no se convierta para él en una funesta realidad, esto es, que no sea para él *Estrella adversa*.

JACINTO LABAILA.

ENSAYOS POÉTICOS,

POR

D. TEODORO MARTEL Y FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

«Andalucía, ese encantado país ceñido de sierras y de mares, y en cuyo centro se aspira una atmósfera pura y balsámica; y crecen umbrosas florestas mecidas por refrigerantes auras, y giran amenos rios que con su jugo vivificador animan la pompa de sus fértiles riberas; y brilla espléndida y radiante la aureola del astro del día tiñendo con preciosos esmaltes la corola de las tiernas flores y la pluma de las gayas aves, es hechizo de sus naturales y envidia de los forasteros.» El autor que así se espresa rebosa en entusiasmo ante los sublimes cantos de Herrera, Góngora y Riosa y ante los magníficos cuadros de Murillo, Velazquez y Alonso Cano, comprendiendo el génio y la fantasía de los que cobijados por un cielo tan hermoso han bebido sus inspiraciones entre las sombrías bóvedas de la mezquita de Córdoba, bajo los arabescos arcos de la Alhambra de Granada ó en los suntuosos salones de los alcázares de Sevilla.

¿En fin, qué podremos nosotros añadir á lo que dice un escritor de los mas grandes de Francia, á lo que espresa el ilustre Chateaubriand cuando afirma que «en semejante país las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pasiones heroicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria?»

¿Qué extraño es que en un país que tiene esas condiciones, en un suelo tan favorecido por la Providencia, en una tierra tan fecunda broten á cada instante hombres agradecidos que honren la cuna que les dió el sér?

¿Qué extraño es que á cada paso tenga que tropezar la pluma con esas claras inteligencias que ya en sublimes y melodiosos cantos, ya en magníficas pinturas, ó ya en sábios escritos reclaman una consideración merecida, cuando no resuene un aplauso que rompa el punzante aguijón de la envidia?

D. Teodoro Martel y Fernandez de Córdoba, es uno de esos jóvenes que no debe apreciarse por sus obras que revelan una modestia inusitada, el Sr. Martel debe apreciarse por las esperanzas de que algun día no ha de ser estéril su paso por nuestra literatura.

En 1859 nadie conocia al Sr. Martel como poeta, ni nadie habia imaginado que en aquella escesiva modestia cupiese un alma grande rebosando en sentimiento.

Al principio del año de 1860 dejó de publicarse en Córdoba un periódico de literatura titulado *El Sereno*, el cual desapareció de la escena dejando por heredero otro periódico que se tituló *La Revista cordobesa*, que bajo la inteligente dirección del conde de Torres-Cabrera adquirió una reputación mas que mediana.

Como era natural, en las columnas de este semanario empezaron á ver la luz pública las poesías del autor que nos ocupa, hermano del corde, y allí empezamos á comprender que una nueva flor comenzaba á ex-

halar su perfume á las orillas del Guadalquivir.

Efectivamente, el conde de Torres-Cabrera, siguiendo las huellas del baron de Fuente de Quinto, estableció tertulias ó reuniones literarias contribuyendo directamente á la repetición de los *Juegos florales* que como el año anterior de 1859, tuvieron una gran aceptación.

En estas luchas de la inteligencia el señor Martel se presentó como campeón aguerrido, logrando un premio de segundo orden para su composición histórica titulada *La prision de Robdis*, que era uno de los temas elegidos: en ella, á través de una versificación lozana, resplandecen algunos pensamientos atrevidos: pero este triunfo sirvió mas que nada, para convencernos de que el jóven que en 1859 se conmovía al oír los cantares de sus compatriotas, en 1860 pulsaba la lira con valentía y entusiasmo; todo lo cual corrobora nuestra opinión de que los *Juegos florales* prestan vida á la literatura, puesto que producen hijos como el Sr. Martel.

En poco mas de un año el jóven poeta dió á luz varias poesías, que sin grandes pretensiones, revelaban sentimiento y ternura entre una versificación rotunda y cadenciosa: estas mismas producciones unidas al poema Colon son las que salieron á luz en 1861 en un elegante tomo de que vamos á ocuparnos suscitadamente.

El Sr. Martel es muy jóven, y sin embargo ha sabido sacar partido de su trabajo. Verdad es que en sus composiciones no resalta la filosofía de Byron ni de Goethe, no se encuentra la valentía de Beranger ni de Espronceda, pero hay una sencillez, una delicadeza que se acerca mucho á Southey ó á Garcilaso.

Lo decimos francamente, no esperábamos tanto del que se presentaba por primera vez con unos versos *A una hermosa*.

Este poeta, como hemos dicho, derrama la ternura y sentimiento en casi todas sus composiciones: en todas brilla un tinte de melancolía que hace interesarse al lector notándose hasta en las religiosas ese dolor supremo que flota sobre su alma.

La *promulgación de la ley*, que respira fe y unción divina, no puede dejar de responder á su pesar cuando esclama:

Canten las almas de ventura llenas
Al astro hermoso del eterno día,
Que rompiera en Egipto las cadenas
Del que en acerba esclavitud gemía.

En la *Plegaria á la Virgen* hallamos también una dulzura de sentimiento, una candidez de alma que abrillantan mas aquellas lindas estrofas en que dice con tanta verdad:

Blanca azucena que en el valle crece
Y leda mueve y acaricia el viento,
Lirio fragante que gentil se mece
De su flexible tallo al movimiento.

Al cruzar los desiertos de la tierra
Sé de mis pasos la constante guía,
Que en tí la gracia y la virtud se encierra
Que entusiasta anhelara el alma mía.

Sé de mi vida la brillante estrella
Que ilumine mi frente y mi albedrío,
Y concédeme, oh Virgen, que en tu huella
Eterno viva el pensamiento mío.

Cuando canta al *Nacimiento de Jesús* se remonta su imaginación embebecida en la santidad de la idea, concluyendo con todo el fervor del creyente:

Cual baña el sol la nacarada esfera
De blancas nubes en movable lecho
Haz que inunde mi pecho,
De pura fe la sacrosanta hoguera:
Y cual renace con la nueva aurora
La flor de la pradera
Y el yerto campo su matiz colora,
En el postrer instante de mi vida
Haz que mire la flor de mi esperanza
«En realidad hermosa convertida.»

Cuando llora sobre la tumba de su *Madre*, las lágrimas del dolor caen gota á gota sobre aquellas queridas cenizas, como cae el beso de la madre sobre la idolatrada frente del hijo, así solo puede esclamarse:

Mas ¡ay! que tras florida primavera
Viene entre llamas caloroso estío
Y marchita la flor que en la pradera
Antes bañara matinal rocío.
Y el grato aroma que entre ricas galas
De la flor en el cáliz se adormía,
Remonta el áura en vaporosas alas
El cielo á embellecer de Andalucía.
Así del hado la terrible suerte
Me robó de mi vida la esperanza,
Que la amargura de sentí en tu suerte
Tan solo un hijo á comprender alcanza.

Adios, madre del alma, ¡madre amada!
Hermosa flor del aterido suelo;
Madre del corazón, madre adorada,
Que alegre habitas la región del cielo.

El autor ha escrito otras, muchas poesías unas publicadas en el tomo que nos ocupa y otras que aun conserva inéditas, tal vez para formar un día otro volumen, de las cuales no nos ocuparemos en su mayor parte por no dar demasiada extensión á este artículo. Sin embargo, entre sus sonetos encontramos uno al *Rocio*, que no podemos menos de copiar por el pensamiento tan delicado que encierra.

Hijo del mar que hasta el empíreo cielo
Te remontas en nube vagorosa,
Y del espacio en la región grandiosa
Formas de gasa trasparente velo;
Tú que descendes en tranquilo vuelo
A matizar la enredadera hermosa,
El pálido jazmin, la blanca rosa,
Las flores todas del fecundo suelo;
Tú que del Bétis en féráz ribera
Haces brotar las olorosas flores
Tus perlas al par en la pradera;
Tú que al prado le das vida y colores,
Adormece el pesar del pecho mío,
Sé para el alma celestial rocío.

Los *amores de Florinda* es una poesía llena de ternura que refleja la frescura de su imaginación. La *Dolora*, á pesar de lo caprichoso del metro, tiene giros apasionados.

Al apostrofar al *Sauce* también trae á la memoria:

Que un instante no mas viven las flores
Y constante el dolor vive en el mundo.

El Sr. Martel, como todos los poetas jóvenes cuyo corazón se aduerme á un suspiro de amor ó á la esperanza de las primeras ilusiones, ha escrito varias poesías llenas de lágrimas y sentimiento, y lindas serenatas con toda la ligereza y el orientalismo que requieren esas producciones.

También ha cantado á las beldades de su país con ecos del alma: verdad es que como dice Valera: «el clima de Andalucía y la benéfica influencia de aquel cielo inspirador, son decididamente los mas apropiados para fecundar el ingenio y producir la hermosura.»

En la *Serenata* dedicada á *Seni*, hallamos estrofas tan preciosas como esta:

Que esa preciosa boca
Tan peregrina,
Es gruta misteriosa
De purpurina:
Nido de perlas
Donde van mis suspiros
Para cogerlas.

En la que sigue hallamos mas encanto, mas armonía: díganlo sinq estos versos:

Sultana hermosa, flor entre flores,
Que entre azucenas te ví brotar,
Angel hermoso de mis amores,
Oye los ecos de mi cantar.
La mariposa
Deja la rosa
Su rica esencia para libar,
Y la paloma
Pureza toma
De ese tu pecho, que es un altar.

La que dedica á *Zaida* también despide ricas melodías. Despues de los juguetes *Un epitafio* y á un *Album*, se encuentra otra lindísima inspiración titulada: *Delirios en la soledad*.

Sentimos haber llegado tarde al *Ensayo épico* titulado *Colon*, que cierra el volumen que tenemos á la vista, por lo mismo que era una poesía inédita hasta ahora, y que como de mas pretensiones y cantada con otro estro, era digna de un exámen mas detenido.

Este poema está escrito con facilidad, y no dudamos que el Sr. Martel se hubiera elevado mucho mas sino hubiese arrostrado una empresa tan colosal, empresa que muchos han intentado cayendo desplomados bajo su peso. El poema está dividido en tres cantos que preceden dos invocaciones, una á la Virgen y otra al Géni. La salida de Colon de Génova, el combate naval con las galeras venecianas, su arribo y repulsa de Portugal, su llegada á la Rábida, su presentación en el campamento de los Reyes Católicos, el Consejo de Salamanca, y por último, la aprobación de su pensamiento y embarque en el puerto de Palos, son las circunstancias que llenan el primer canto. Nadie ignora los trabajos y penalidades de Colon entre las aguas del Océano, su tranquilidad de espíritu, su confianza, y sobre todo, su presencia de ánimo y su convicción profunda para calmar aquellas desalmadas tripulaciones que, sublevándose á cada instante, creían no volver á ver mas á su patria atribuyendo su perdición á las estravagancias de aquel loco. Pues bien, esta es la idea del segundo canto.

El tercero contiene el arribo de Colon al continente americano, sus preces á Dios, la toma de posesión de aquella tierra en nombre de nuestros monarcas recordando las glorias de nuestra patria y la ortodoxa fe de nuestros corazones.

No sabemos por qué no ha concluido el poema con la vuelta de Colon á España cargado con los presentes de aquel hermoso país cuyo descubrimiento y relato, tanto entusiasmo produjo en España y tanto ruido en el mundo.

El Sr. Martel ha seguido á la historia como la sombra al cuerpo; no ha querido recurrir á la novela para darle un colorido, si bien mas encantador, menos verosímil. Notamos, sin embargo, una falta que hace honor al poeta: llevado éste de su brillante imaginación, ha revestido su poema de una poesía tan deslumbradora, de una versificación tan robusta, que oscurece parte del movimiento y hace olvidar á veces su rumbo. Si no hubiese echado tanto lujo de poesía, quizás la acción se desarrollaría con menos embarazo.

Por lo demás, no podemos menos de admirar los adelantos del Sr. Martel en tan poco tiempo, sus pensamientos llenos de vida, sus delicadas creaciones y sus elevados conceptos. Tampoco deben pasar desapercibidas sus acertadas escursiones por el campo de la historia y su seguro paso entre los misterios de nuestra religión.

No le aconsejaremos que siga ese hermoso camino, porque jóven, lleno de ilusiones y ávido de gloria, sus mismas alas lo irán impeliendo á la dorada cumbre donde guarda la historia los nombres que bendicen el porvenir de su patria y consagran á ella su corazón y su vida.

Copiaremos para concluir las dos primeras octavas del poema, con lo que se verá que no las hemos escogido; no copiando mas porque sería necesario hacerlo de todas.

Oh madre de los ángeles, señora,
Estrella venturosa del Oriente,
Luz inmortal de la brillante aurora,
Madre virgen del Dios omnipotente,
Un rayo de tu luz encantadora
Dirige á iluminar mi ruda frente,
Para que alcance en mi entusiasta anhelo
Mi plegaria elevar hasta tu cielo!

Encanto hermoso de mi triste vida,
Rosa de Jericó pura y lozana,
Alimenta mi alma dolorida
Con los raudales de la fe cristiana;
Y la sangre purísima vertida

Del Nizan en la lóbrega mañana,
De mi existencia en el revuelto río
La senda trace al pensamiento mío.

A. ALCALDE VALLADARES.

LOS BUSCADORES DE ORO DEL RHIN.

Hay ríos que llevan partículas de oro entre sus arenas. ¿Por qué razón? Nadie lo ha dicho todavía; tal vez será con el objeto de



BUSCADORES DEL ORO LAVANDO LAS ARENAS AURÍFERAS EN EL RHIN.

pagarla entrada á las puertas del Occéano, y en tal caso es preciso convenir en que toman por precaucion alguna cantidad de mas para satisfacer á los rateros y pedigueños escalonados en el camino.

Hé aquí de qué manera adquirieron en los tiempos antiguos algunas corrientes de agua la

reputacion de que arrastraban arenas de oro. Despues de haber atravesado los terrenos auríferos, donde este metal se halla en estado nativo, es decir, en pepitas, las aguas dejaron por casualidad alguna barrita en medio de los arenales que resultan de las inundaciones, y como esta barrita no tenia grabada la efigie de

soberano alguno, y como por otra parte, los aereólitos no se presentan jamás bajo esta forma, el dichoso mortal que la encontró supuso que el río, despues de haberla arrancado de algun filon subterráneo, la habia dejado olvidada sobre la ribera.

Esta presuncion, confirmada por el exámen

de ciertas arenas, dió origen á la industria de los buscadores de oro. Sin embargo, la explotación de las minas movedizas no se continuó con decisión, porque el oro de las riberas de los ríos es difícil de encontrar, en razón de la estrema sutilidad de las partículas metálicas ó pajitas. Por otra parte, sucedió una cosa que podía presentirse fácilmente; y fue que las minas ó filones desgastados por la corriente, y no siendo inagotables, cesaron de dar tributos y faltó la recolección; por cuyo motivo se abandonó ó poco menos el exámen de las arenas, presumiéndose que ya no conducían oro, ó que se hallaba diseminado en una porción tan considerable de las mismas que saldría muy cara surecolección.

El Rhin sin ser un Pactolo de primer orden, es todavía uno de los ricos vagabundos del continente; la tradición ha perpetuado los buscadores de oro en sus riberas y si el río no los enriquece ni mucho menos, les paga al fin su trabajo.

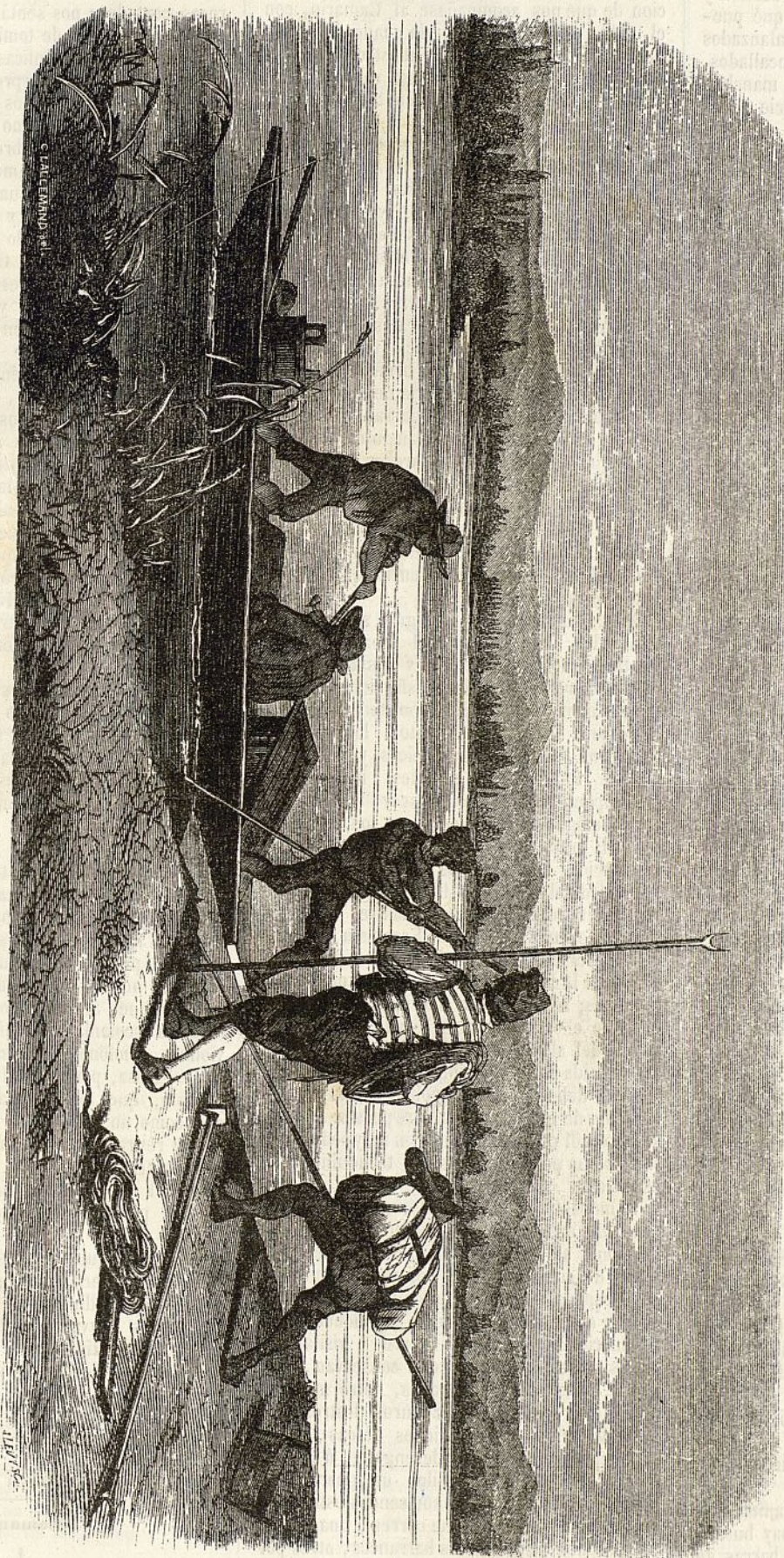
Veamos á qué época se remonta la explotación de las arenas del Rhin.

Tácito no la sospechaba siquiera, pues hablando de los viejos Germanos dice, «que no sabe si por desgracia ó por fortuna los Dioses les han negado el oro y la plata.»

Existen sin embargo, desde el tiempo de los Romanos, minas explotadas en la alta Alsacia; se ha medido la profundidad de sus galerías y unas tienen 200 toesas y otras mas de 1,200 piés, entre ellas la de Santa María de las Minas, en el Alto Rhin.

Plinio el viejo pretende que en su tiempo

se sabía extraer el oro que contenían las arenas de los ríos; no señala precisamente dónde se encuentran esos ríos explotados, pero podemos piadosamente presumir que el Rhin era uno de ellos.



EMBARCACION DE BUSCADORES DEL ORO EN EL RHIN.

Nonnus el mitógrafo que vivía en tiempo del emperador Teodosio y por lo tanto en el siglo quinto, confirma la aseerion de Plinio.

Por último, el fraile Olfrid de Weissemburg, un discípulo distinguido del célebre Rhabanus Maurus, dice en su traducción alemana de los Evangelios, hablando de los Francos:

Esplotan útilmente
El mineral y el cobre,
En gran porción el hierro,
También la plata dócil.

Y mas esplicitamente:

Recogen con sus manos
macarenas
El oro que contienen las
arenas.

¿De dónde procede el oro del Rhin? Sin duda de sus afluentes, que en su mayor parte tienen su origen en altas montañas, entre ellos citaremos el Aar, los riachuelos que forman el Brisgau, la Murg y el Neckar. La patria común de todas estas corrientes de agua que se pierden en el Rhin aumentando su caudal, es el bosque Negro; luego el bosque Negro es el que suministra las pajillas de oro. ¿Pero qué parte del bosque? ¿Cuál es la cadena de montañas que encubre el enorme filon de donde se escapan tantos millones de partículas? Se ignora. Nosotros no decimos que se ignorará siempre, pero ¿debemos desear que se descubra el día menos pensado algún rico *placer* y que Forbach sea el San Francisco de esta nueva California? No por cierto, so pena de no encontrar en el bosque Negro mas que viajeros armados de azadones y de ver á los campesinos trasformando en laboratorio su cabaña, y rompiendo el barómetro para arrojar al crisol junto con el mineral, el mercurio que contenía.

Mientras amanece el primer día de esta nueva edad de oro del valle del Rhin, se continúa la explotación del río por medio del lavado de las arenas, operación que no se practica con buen resultado mas que en una corta extensión de su largo curso, porque es claro que no es lucrativa mas que en los puntos situados mas abajo de las confluencias de las corrientes auríferas. Por esta razón es raro encontrar buscadores de oro mas arriba de Kehl; hallándose situados los mejores parages á lo largo del río en el Cerhe-Milien del ducado de Baden, es decir de Kehl á Linkenhei.

Una de las causas que mas han contribuido á empobrecer los resultados de la explotación es el encauzamiento del río. Cuando las aguas, en la época de las avenidas, podían estenderse en el valle, depositaban sobre ciertos puntos verdade-

ros bancos de arena. La riqueza de estos aluviones silíceos era naturalmente proporcionada á la cantidad de terrenos auríferos que los riachuelos engrosados habían podido arrastrar. En el día los buscadores de oro no presencian mas que muy rara vez estos desastres provechosos; la arena abandona muy po-

cas veces el río, y el oro se marcha al mar arrastrado por la corriente.

¿En qué consiste el trabajo de los buscadores de oro? Raro será que al bajar por el Rhin, no encuentre el viajero algunos talleres al aire libre. Visto á una distancia de algunos centenares de metros, cada grupo de trabajadores, tiene algo de incomprensible y melancólico. No se adivina bien en qué pueden ocuparse aquellos pigmeos ya abalanzados á los bordes del gran río, ya encallados, casi perdidos sobre los islotes que manchan con puntos pardos la límpida superficie de las aguas.

Nada tan mezquino y tan miserable como aquellos puntos agitándose en un cuadro tan vasto para mendigar algunos florines al gigante que hace rodar millares á sus piés.

Tres hombres bastan para las manipulaciones preliminares de la arena de la que se extraen las pajillas de oro. En cuanto á los utensilios son pocos, y un carretón, una criba, algunos cubos y artesones bastan para la operación.

Uno de los tres obreros trasporta la arena desde el banco cuya explotación se ha emprendido hasta el primer lavador, que separa con la criba los guijarros mas groseros. La arena que pasa por la criba se recoge por el mismo trabajador, que la mezcla con mucha agua y la arroja en la parte inferior de la criba que está cubierta por una tela, un paño burdo y hasta por una piel de carnero. La arena mas fina y las pajitas de oro que con ella se hallan mezcladas se adhieren á los pelos del paño ó á las imperceptibles arrugas de la tela.

El tercer trabajador toma la tela ó paño y recoge, por medio de un gran lavado, todas las partículas preciosas de arena aurífera.

Aquí termina el trabajo de los buscadores de oro; la arena, así preparada, forma una especie de barro que se trata despues por la amalgamación, ó sea estracción del oro por medio del mercurio. El oro que se extrae se remite ordinariamente á Carlsruhe.

En ciertas circunstancias el Estado que posee los *gruend* ó bancos de arena que dejan las aguas altas, permite, con ciertas condiciones, á los habitantes de un pueblo la explotación de dichos *gruend*.

Cada corona de oro se paga ordinariamente á cinco florines á los trabajadores. Dificilmente puede hacerse uno cargo de la enorme cantidad de arena que es preciso remover para ganar esta suma; pero se tendrá una idea calculando que un kilógramo de oro se encuentra diseminado en 7.000.000 de kilógramos de arena aurífera.

La cifra de la explotación varía cada año: de 1812 á 1820 se explotaron por término medio 948 coronas, mientras que en el año 1822 produjeron los trabajos 1.117 coronas.

En la temporada de 1820 á 1821 ciento treinta y dos personas ganaron unos 8.131 florines 38 kreutzers.

Con el oro extraído por este medio se han fabricado ducados muy raros, llamados en el día ducados del Rhin, y muy codiciados á causa de su alta ley.

No es pues de extrañar que en vista de las citadas cifras de producción, se haya casi abandonado la explotación de las arenas del Rhin.

En el día el país donde verdaderamente se encuentra oro es la Australia; allí hay buscadores dichosos que han encontrado barras de peso de cien libras.

R. B.

OTRO CAPÍTULO DE UN VIAJE.

EL SANTUARIO DE MONSERRAT.

V.

Despues de visitar detenidamente toda la iglesia, merecimos del P. Prior la distinción de que nos acompañase al Camarin, con el doble objeto, de besar la mano de la sagrada imagen y de inscribir nuestros humildes nombres en el magnífico Album, regalo, segun recuerdo, del Sr. D. Francisco Sanchez Ton, natural de Alcalá la Real.

La escalera que conduce al Camarin está formada de gradas de una sola pieza: antiguamente se veían sus muros cubiertos de retratos de Reyes, Príncipes, y distinguidos próceres: hoy solo quedan los clavos.

El Camarin contiene tres estancias: antes de 1811 era cada una de ellas una verdadera maravilla. Numerosas pinturas, admirables arquillas y hermosos escaparates encerraban un tesoro inmenso; desapareció de la bóveda la magnífica águila de plata bruñida, en cuyo pecho brillaba la cifra de María de oro matizado con diamantes, y de sus garras pendía un tridente tambien de oro y diamantes, ofrenda del duque de Taxis. Las paredes estuvieron cubiertas de láminas de inestimable valor: en el día no se echa de menos aquel esplendor de una riqueza fabulosa; pero conserva los frescos, que son buenos, los dorados de la talla y el perfume de religioso silencio, que se respira á los piés de la Virgen.

Al llegar allí tuvo el digno sacerdote la amabilidad de hacer girar el trono donde se sienta la veneranda imagen; y despues de rezada la *salve*, tuvimos la satisfacción de besar aquella mano, donde han depositado su ósculo respetuoso los grandes santos, los grandes guerreros, los grandes políticos, y los infortunios, todavía mas grandes. En seguida contemplamos á nuestro placer aquella pequeña imagen, tan conocida en toda la cristiandad; lo cual nos escusa de dar de ella una descripción. Nos sentimos bien, la mente tranquila, lido el corazón y libres de recuerdos: el presente era deliciosamente suave.

En la estancia contigua el cronista de Barcelona y el cronista de Valencia escribieron en el Album la impresion de aquellos momentos solemnes; no recuerdo mis versos, ni saqué copia de ellos; pero habia escrito una plegaria nacida del alma, inspirada por la soledad y embellecida por la religion. La inspiración era grande; debería ser muy pobre la interpretación que de ella haria mi pobre poesía. Pero de seguro pedí con amor, pedí con fe, y pedí lo que siempre he pedido á Dios, la tranquilidad de espíritu.

El monasterio fue asaltado, saqueado é incendiado en el mes de Julio de 1811 por las divisiones al mando, primero del mariscal Suchet y despues en 1812 al del general Mathieu.

Despues de haber pasado una buena parte del día en recorrer las demás dependencias del Santuario, subimos por la tarde á visitar algunas de las ermitas, que se conservan, solitarias, abiertas, abandonadas, entre muchas, que solo conservan los muros destrozados. Para llegar á estas mansiones aéreas, donde el arrepentimiento, ó el desengaño, ó la inocencia encontraba un asilo, un puerto y un altar, es preciso trepar por sendas estrechas, si bien muy trilladas, que corren, unas veces por el fondo de profundos barrancos, otras por los bordes de imponentes abismos y siempre por el pié de aquellos altísimos conos, que se lanzan mas allá de nuestra atmósfera. La tarde era apacible y tibia en aquellas alturas asombrosas. ¡Qué soledad! ¡qué silencio! ¡qué brisas tan perfumadas! *Bonum est nos hic esse*; repetíamos á cada instante; y cada cuatro pasos nos deteníamos á contemplar la magnífica naturaleza, que nos inundaba con sus delicias y es-

cuchar esas armonías, que exhalan los bosques y los desiertos. En un momento dado, nos sentamos, no por descansar, sino por sentir mejor. Encima de nosotros se levantaban abruptas aquellas gigantescas é inmortales agujas de piedra, que el marino catalán descubre y saluda de rodillas, desde el fondo del Mediterráneo; nos reclinamos contra un elevadísimo muro de rocas cortadas; nos sentábamos sobre una alfombra de boj, de tomillos y de otra multitud de plantas balsámicas; se abría á nuestros piés un barranco de sorprendente profundidad; seguíamos con la vista los giros caprichosos de los vapores, blancos como el ampo de la nieve, que se acumulaban sobre los flancos de la montaña, envolviendo momentáneamente las construcciones del Santuario; mas abajo descubríamos el Llobregat y los valles que riega, como un lienzo, colocado á inmensa distancia. Los narradores de los tiempos pasados, los cronistas de dos grandes pueblos, hermanos siempre y de un origen y una lengua comun en presencia de un jóven, delante de Dios y sumidos en el seno de una naturaleza tan misteriosa, como espléndida, guardábamos el mas profundo silencio, cuando nos sorprendieron los apartados ecos de unas voces llenas de armonía. Parecía un sueño; escuchamos, volvimos á escuchar; nos miramos mutuamente; sentimos la misma inspiración, hasta que descubrimos allá á lo lejos, en el átrio del monasterio, una piadosa procesión. Formaba el coro el grupo de niños músicos, que constituyen la conocida escolanía, que ya existía antes del año 1456. De esta escuela de música ha salido, entre multitud de maestros, el celebrado Saldoni, que escribió de esta institución.

Fue tan grata, tan suave y tan religiosa la sensación, que produjo en nuestros espíritus aquella armonía infantil, seguida del toque de la campana que anunciaba la hora de la *Salve*, que durante un buen espacio nos sentimos transportados á una region desconocida y apacible.

Asistimos á la *Salve*: era ya de noche y el templo se hallaba envuelto por los turbillones de vapores y las densas capas de sombras, que permitían distinguir apenas el brillo de las luces del altar mayor. Los religiosos se hallaban en el presbiterio profundamente recogidos: cantaban un versículo á canto llano, pero grave, solemne, acompasado y patético; y seguía luego la escolanía acompañada de piano, flauta, violines, violoncello y contrabajo. La música era religiosa, pero cantada con tanta precisión y gusto, que todo nos pareció breve, rápido, casi como un sueño.

Al retirarnos á nuestra celda hospitalaria, la encontramos inundada de niebla; se dejaba sentir el frío, y en el mes de Julio, nos fue preciso procurarnos abrigo, para poder descansar.

Al día siguiente, despues de despedirnos de aquellos apacibles religiosos, emprendimos la bajada á Collbató, con objeto de visitar las celebradas cuevas, cuya descripción será el objeto de la última parte de este capítulo, que terminaré en el número siguiente.

VICENTE BOIX.

EL PRIMER VARON.

Romance.

I.

Haya músicas y danzas,
Suenen tambores y pitos,
Que ayer á la luz del día
Dió á luz mi muger un hijo.

Rojo como una amapola,
Negros sus ojos y vivos,
Alto, robusto y hermoso...
Cómo no? si es hijo mio!

Nació de día y con sol,
Ejemplo noble en un niño
Que desde el nacer protesta
Así del oscurantismo.

Y tan tenáz en su empeño,
Que en aquel momento quiso
Venir de cabeza al mundo,
Y de cabeza se vino.

Yo le ví, y ¡oh gran placer!
Al mirarle... ¿á qué decirlo?
El alma se me alborozó,
Lanzo de júbilo un grito;

Doy un abrazo á su madre
(Perdon si soy tan espíicito)
Y ¡es un varón! ¡un varón!
Esclamo con regocijo.

En tanto que él me miraba.
Con cierto empaque atrevido
Como quien dice: «aquí estoy,
A ver qué se hace conmigo.»

Se hizo lo que manda Dios
Y que callo por sabido,
Y el niño se dejó hacer
Como si no fuera un niño.

Pues si lloró fue sin duda
Por saber que en este siglo
El que no llora no mama,
Segun no sé quién ha dicho.

Pero es de notar, y en esto
Le reconozco por mio,
Que al verse en medio del mundo
No se le encogió el omblijo.

II.

De tales antecedentes,
Lector, con sazón colijo
Que mi heredero nació
Bajo muy buenos auspicios.

Y en ocasion mas propicia
No pudiera haber venido,
Que supo lo que se hacia
Con nacer en este siglo.

Si pobre se vino al mundo,
No vino tan desprovisto,
Que trajo sus cuatro cuartos
Con los que mil se hacen ricos.

Y con esto y mis consejos
Logrará abrirse camino
Para llegar á la fama
O al dinero, que es lo mismo.

Temó, y con razón fundada,
Que le dé por ser político,
Pero si ha de ser poeta
A lo primero me arrimo.

Pues aunque nació desnudo
Yo lo tenía previsto,
Y pude evitar que sea
Un descamisado el niño.

Si es así, la condicion
Le impondré de ser ministro,
Que es lo que se debe ser....
Por bien del país lo digo.

Mas al llegar al caton
Le suprimiré este libro,
Porque la cuestion de nombres
No es la cuestion de principios.

En fin, esto es prematuro,
Por cuya razon omito
Seguir aquí consignando
Mis pensamientos mas íntimos.

Y además porque mi musa
Al hacer un gorgorito
No quiso cantar de plano,
Cantar mi ventura quiso.

III.

Poetas que en dulces trovos
O en apasionados himnos
Celebrais vuestras dulzuras,
Lanzais vuestro regocijo;

Los que robais armonías
A la cítara de Ovidio
O con el cantor de Eneas
Entonais tiernos idilios.

Dejad que yo mi ventura
Publique en grotesco estilo,
Que si el estilo es el hombre,
Así debe ser el mio.

Mas ved que la consecuencia
Es por lo rara un prodigio
Y es virtud ser consecuente
Como yo lo soy conmigo.

Su forma no importa nada
Si el sentimiento es el mismo,
Un grito será mi canto
Pero es de mi amor el grito.

Por eso yo alborozado
No busco acordes melifluos;
Por eso rio, y por eso
Al són de mi risa os digo:

«Haya músicas y danzas,
»Suenen tambores y pitos,
»Que ayer á la luz del día
»Dió á luz mi muger un hijo!»

LEOPOLDO BREMON.

Valencia 12 de Enero de 1865.

Á ELISA.

SERENATA.

Desde el dulce momento
En que tu lábio,
Coronando mis votos,
Dijo: «te amo.»
No hay en el mundo
Ventura cual la mia,
Gozo mas puro.

Nace el alba, y las flores,
Que antes marchitas,
Cerrando el yerto cáliz
Tristes gemian,
Al soplo manso
De las cándidas auras
Blanden sus tallos.

Tal ¡oh Elisa! tu imágen
Al alma mia,
Como el alba á las flores,
Dá nueva vida:
Fresco rocío
Para mi pecho amante
Son tus suspiros.

De la celeste altura
Vividos rayos
Sobre el mundo el sol lanza,
Rey de los astros;
Mas la mirada
De tus ojos de fuego
Dá luz al alma.

Melancólica y dulce
La blanca luna
En castos esplendores
La tierra inunda;
Mas no le cedés,
Que, si lánguida miras,
¿A quién no vences?

La brisa que murmura
En la enramada
Célico aroma espira
Que me embriaga,
Pero es mas grato
Tu dulcísimo aliento,
Bien que idolatro.

Todo cuanto en la tierra
De puro y tierno
En sus sueños, ansioso,
Finje el deseo,
En tí, bien mio,
Al amor mas vehemente
Se encuentra unido.

Desde el dulce momento
En que tu lábio,
Coronando mis votos,
Dijo: «te amo.»
No hay en el mundo
Ventura cual la mia,
Gozo mas puro.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ
DE APODACA.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuacion.)

Santiago y Rosa llegan á un mismo
tiempo á la fuente.

Santiago pasa en el pueblo por tonto ó po-
co menos. ¿Lo será tambien en amor? Vamos
á averiguarlo.

Por de pronto tenemos un gran dato para
creer que no lo es: la cara de pascua florida
de su novia.

Oigamos la conversacion de Rosa y Santia-
go, aunque esto de oír conversaciones ajenas es
una maldita maña de que debemos ir corrigien-
donos los novelistas y los dramaturgos.

—Chica, haz una obra de *misericordia*.

—¿Cuál?

—Dar de beber al sediento.

—¿Y por qué no hiciste tú anoche otra?

—¿Cuál?

—Consolar al triste.

—¿Qué, estabas triste anoche?

—Mira tú qué alegre estaría sin verte en to-
do el día de Dios.

—Ya, porque estuve á Madrid.

—Pero viniste al anoche.

—Mientras desaparejé las caballerías fue
oscureciendo.

—Y yo toda la noche bajando á la huerta á
ver si te sentia al pié de la tapia.

—¿Y no me sentirías?

—¿Si no fuiste, cómo te habia de sentir?

—Por eso lo digo.

—¿Y por qué no fuiste?

—Porque... chica, de día iré al quinto in-
fierno si tú me lo mandas, pero de noche no
cuentas conmigo.

—¿Conque no he de contar con mi marido
de noche?...

—Es un decir... segun, donde y para lo que
sea.

—Anda, cobarde.

—Le doy yo al mas pintado el andar en una
noche oscura tras de las tapias de la huerta de
tu amo.

—¿Pues qué, no has estado yendo todas las
noches?

—Sí, pero desde que me salió la fantasma...

—¿Qué fantasma ni que niño muerto!

—Muerto seria, pero niño de seguro no era,
que buenas zancadas echaba corriendo tras
de mí.

—¡Quitate de ahí! ¿No te dá vergüenza el
creer y contar esas tonterías?

—¿Pero, canario, si yo no lo saco de mi ca-
beza!...

—Pues mira, sáqueslo ó no lo saques, yo
no quiero casarme con cobardes...

—¿Qué, para casarse uno necesita ser va-
liente?

—Sí que se necesita.

—Je, je, je! pues yo me atrevo...

Y Santiago quiere plantar un abrazo á la
Rosa, que le arrea un gonzatazo de padre y
muy señor mio.

—¡Toma y vuelve por otro!



—Canario, que me has hecho ver las estrellas.
—Eso es para que temas á los vivos, ya que temas á los muertos.

El cántaro está ya lleno.
—Ayúdame á alzar este cántaro.
—Chica, pelemos otro poco la pava.
—No, que mi ama no está hoy para fiestas.
—¿Por qué?
—Porque ha reñido con mi amo.
—¿Y por qué ha reñido?
—Por lo de todos los días.
—¿Y cuál es eso?
—¿Tú lo sabes?
—No.
—Ni yo tampoco.
—Pues lo sabrán ellos.
—Tampoco ellos lo saben.
—Canario, si nosotros fuéramos ricos como tus amos, no habíamos de reñir mucho.
—¿Riñen Juan Cachaza y su muger?
—¿Esos? En jámas de Dios.
—¿Pues no son pobres?
—Como las ratas.
—Pues *valay* como se puede ser pobres y vivir en paz, y ser ricos y vivir en guerra.
—Canario, que tienes razon.
—Ea, conque irás esta noche un rato al pié de la tapia?
—Si te he dicho que hay allí fantasma.
—Pues mira, en la vida vuelvo á hablar contigo.
—¿Que no?
—No.
—Pues yo habia pensado que tuviéramos esta noche un buen rato de palique.
—¿Dónde, si no es en la tapia?
—¿Dónde? En el portal.
—El portal de casa de mi amo se cierra al anochecer.

—Pero puedes tú abrirle con mucho tiento cuando todos se hayan acostado.
—Para abrir la puerta á un novio se necesita una llave.
—El herrero la hace.
—No, que la hace el cura. Vamos, echa aquí una mano y no seas pesado.
—¿A dónde la echo?
—Al cántaro.
—¡Je, je, je! ¡Ahupa!

—Adios.
—¡Adios, alma de los dos!

Rosa echa á andar con su cántaro en la cabeza y Santiago vuelve hácia la era parándose de cuando en cuando á contemplar á Rosa, hasta que la ve desaparecer tras de las primeras casas del pueblo.

En estas y las otras va anocheciendo.

—Ea, dice Mariquita, mientras vosotros acabáis de recoger esto, me voy yo á acostar mi niña y á hacer en dos saltos la cena.
—Mira, dice Juan, ¿quién se mete ahora en casa con el calorazo que hace? Avia la cena y la despachamos aquí á la fresca.

—Tienes razon, hijo.
La Mariquita coje á la niña que duerme á un extremo de la era, acostadita con mucho cuidado en un monton de paja.

—¡Huy, qué rica es la hija de su madre! esclama queriéndose comer á besos á la criatura y se aleja de la era en direccion al pueblo.
—Chico, chico, dice Juan á Santiago, basta por hoy de trabajar. Tumbémonos por aquí un rato y mientras viene la cena cuéntame un cuento.

—¿Qué cuento he de contar yo!
—¿A que sabes alguno de brujas?
—Toma, de esos á manta sé, como que mi madre sabe mas de mil, y no tenia yo seis años cuando ya me los habia encajado todos en la mollera.

—¿Y sin duda no te mandó á la escuela considerando que ya sabias bastante con lo que ella te habia enseñado?

—A la cuenta seria por eso.

—Pues oye, ya que hablamos de tu madre,

quiero hacerte una pregunta: ¿Por qué llaman á tu madre la Roma, porque es roma de nariz ó porque es roma de entendimiento?

—Canario, deje usted á mi madre en paz y oiga usted si quiere el cuento.

—Vamos, suéltale.

—Pues señor, ha de saber usted que habia en Algete una muger con tres hijos que cabian bajo un celemin y sabia muchos cuentos de brujas y aparecidos. Cuando sus hijos lloraban de noche sonaba con el puño en la pared y les decia:—El muerto que enterraron la semana pasada viene á buscaros para que vayais á hacerle compañía en el Campo-Santo, porque le dá miedo el pasar allí las noches solo. Y los niños callaban como muertos. Un día á la buena muger le dió un patatús y estiró para siempre la pierna. Cuando se presentó delante de Nuestro Señor en el cielo, le dijo Nuestro Señor:—De buena gana te diria que te quedaras aquí sin llenar el requisito de pasar por el purgatorio, porque te falta poco para santa; pero Miguel, el encargado del peso, me ha dicho que tienes contra tí unos cuantos adarmes de mentirijillas y es preciso que los purgues, que aquí no se hace la vista gorda á nada como sucede entre los hombres.

—Señor, esclamó la de Algete, mire V. M. que todos estamos sujetos á equivocaciones y Miguel puede haberse equivocado, porque yo no he echado una bola en mi vida.—Hija, ahora la acabas de echar y no tienes mas remedio que ir á purgar esa y las que echaste en Algete.—Pero señor, ¿á quién le eché yo bolas en Algete?—A tus hijos.—Caramba, que tiene V. M. mil razones, dijo la buena muger. Algunas veces engañé á mis chicos contando cosas de muertos; pero le aseguro á V. M. que si desde luego no he confesado mi culpa, es por haberse ido el santo al cielo.—Pues bien: te voy á echar una penitencia muy suave: estarás en el purgatorio nada mas que hasta que cualquiera de tus hijos ponga los piés en el Campo-Santo donde tu cuerpo está enterrado. Me parece que no te quejarás de la sentencia.—Dios se lo pague á V. M., que no esperaba yo tanta indulgencia. Casualmente el Campo-Santo de Algete está á la orillita del camino de Coveña, y como mis chicos, desde que han quedado huérfanos, van todos los días á comer en casa de una tia que tiene en Coveña, ya ve V. M., si ellos que son tan curiosos y diablejos dejarán algun día, cuando pasen, de colarse en el Campo-Santo por cima de las tapias. Ni una semana estoy yo en el purgatorio.—La de Algete se retiró tan contenta á cumplir su condena: pero han pasado años y años y años, y sus hijos se han hecho viejos sin poner los piés en el Campo-Santo, que cada vez que pasan junto á sus tapias se acuerdan de aquel muerto que queria llevarlos para que le hiciese compañía y se alejan del Campo-Santo llenos de terror por mas que oyen una voz muy triste, muy triste y parecida á la de su madre que los llama saliendo del Campo Santo y repitiéndola el eco en todas las cañadas de Valderabé.

Al contar esto, el terror se habia ido apoderando de Santiago que volvía la vista como espantado hácia Valderrabé, nombre que tiene un hermoso vallecito situado entre Coveña y Algete y donde hay un santuario á cuya sombra se cobija el cementerio de la segunda de estas poblaciones.

—No tiembles, le dijo Juan, no temas oír aquella triste voz, que ya la muger de Algete que la daba está en el cielo porque sus hijos entraron en el Campo-Santo obligados por la muerte.

—Ay Juan, ya veo que tú sabes este cuento mejor que mi madre y yo.

—¿Conque tu madre sabe ese cuento?

—Sí.

—¿Y quien te contó ese y otros parecidos fue ella?

—Sí.

—No me contestes ya á la pregunta que antes te hice, pues ya sé que tu madre es mas roma de entendimiento que de nariz.

La era en que Juan y su jornalero Santiago, se hallaban está al lado del camino de Algete.

Cuando Santiago dirigia la vista lleno de terror hácia el mismo camino, vió asomar por él un bulto que se movia lentamente en direccion á Coveña.

Entonces subió de punto el terror de Santiago que se acercó á Juan como buscando su proteccion.

—¿Qué te pasa, hombre? le preguntó Juan.
—¿Vé usted aquello que viene por allí?

—Vaya si lo veo. Si la vista no me engaña, es la muger de Algete que cansada de estar en el Campo-Santo, ha salido á estirar un poco las piernas.

—Señor Juan, no tenga usted esas *gromas*, canario.

—Y Santiago se arrimaba, se arrimaba cada vez mas á Juan.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

ECOS DE LA JUVENTUD.

Con este título ha publicado nuestro amigo y redactor el distinguido literato D. Jacinto Labaila, un bellissimo tomo de poesías, que indudablemente merecerá la mejor acogida del público.

En uno de los próximos números nos ocuparemos detenidamente de ellas.

A su esmerada impresion reúne la baratura del precio, haciéndose recomendable por todos objetos.

Esperamos que nuestros suscritores serán los primeros en adquirir esta bella coleccion de poesías que se hallan de venta en la Imprenta de D. José Rius, plaza de San Jorge, número 3, y en la librería de D. José Badal, calle de Caballeros, núm. 5.



Todos los señores suscritores cuyo plazo de suscripción ha terminado, se servirán renovarla antes del domingo inmediato, para no sufrir retraso en el recibo de los números.

A pesar de las gestiones hechas para adquirir algunas colecciones de nuestro Semanario pertenecientes á la primera y segunda Epoca, no ha sido posible; en su defecto y para completar algunas, esta Administracion compra los números, del 1.º al 9.º, el 13, 15, 26, y 31 de la primera Epoca, así como el 20 de la segunda.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.